

la voluntad, y la acertada aplicación de ellas hará buena y fructuosa la meditación. Estas tres potencias deben aplicarse en cada uno de los puntos que se lean, y muchas veces la materia de un solo punto bastará para emplear provechosamente toda la hora. El uso de la memoria en este acto está reducido á poner delante de los ojos del entendimiento el punto ó misterio que se ha leído, procurando el que medita entenderlo y recapacitarlo muy sosegadamente, ya que la aplicación de la memoria es como el principio ó raíz de donde proceden las reflexiones y discursos del entendimiento y los afectos y resoluciones de la voluntad. No obstante, bueno es advertir que no debemos poner en tortura nuestra imaginación para representarnos á Cristo, porque además del daño que puede esto ocasionar á la salud del cuerpo, produce también sequedad y desabrimiento en el alma y hasta llega á aborrecerse la oración. Tengamos en cuenta—ya lo hemos dicho—que á la oración vamos á amar, más bien que á discurrir y fatigar la cabeza; no pensemos que nosotros solos á fuerza de brazos vamos á lograr el fruto apetecido, que esto es propio del que estudia, y no del que ora.

Entendimiento. Y así, leído el primer punto, pensemos que tenemos á Cristo aquí, cerca de nosotros, y pongamos en Él los ojos de nuestra alma, y con toda reverencia mirémosle cruelmente atormentado y cubierto de heridas y de sangre... «Contentémonos, dice Santa Teresa, con saber que »estamos al lado de Cristo nuestro Esposo, y mostrémosle »agradecimiento, pues no merecemos tal compañía, y humi- »llémonos en su presencia con simplicidad de niños, que así »nos quiere Él (1). ¿Pensáis que es poco un tal amigo al »lado? Las que no podéis discurrir ni tener el pensamiento

(1) Matth., XVIII, 3.

»sin distraeros, acostumbraos á estar en compañía de Cristo. »No os pido ahora que penséis en Él, ni que saquéis muchos »conceptos, ni que fatiguéis la cabeza haciendo grandes y »delicadas consideraciones con vuestro entendimiento; sólo »os pido que le miréis. Podemos mirar cosas muy feas, ¿y no »podremos mirar la cosa más hermosa que se puede imagi- »nar? (1). Sabed que no está aguardando otra cosa sino que »le miremos» (2). Mirémosle como le miró Zaqueo, con vivos deseos de conocerlo, y Él mismo se convidará á entrar en nuestro corazón para derramar en él sus misericordias (3). Mirémosle para imitar sus virtudes, porque no hay otro camino para ser salvos (4). Mirémosle como la esposa mira á su esposo, y recréese nuestra alma contemplando las perfecciones de tal Esposo, *escogido entre millares* (5). ¡Oh cuán abastecida de bienes ha de quedar nuestra alma en la contemplación de esta hermosura que constituye el encanto de los ángeles (6) y la felicidad de los bienaventurados!... Poco importa que no acertéis á discurrir, pues, como dice San Agustín, «no se negocia con Dios en la oración con abundancia de discursos y delicadezas de pensamientos y razones, sino con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos »del corazón» (7). Por lo mismo, no os desalentéis hermanas mías; si nada de provecho se os ocurre en la oración, presentaos delante de Dios como un niño, ó como un pobre mendigo, ciego, desnudo y desamparado. Esta manera de oración usaba el Profeta David, llamándose unas veces enfermo (8), otras huérfano (9), otras ciego (10), otras pobre y mendigo (11), y muchos que hanorado de esta suerte, lle-

(1) Psal. XLIV, 3.
(2) Camin. de perfec., cap. XXVI.
—Cant., VI, 12.
(3) Luc., XIX, 6.
(4) Psal. XXXVI, 34. — Joann.,
XIV, 6.—Act., IV, 12.
(5) Cant., V, 10.

(6) I. Petr., I, 12.
(7) De orando Deum, cap. 10.
(8) Psal. VI, 3.
(9) Psal. XXXVI, 10.
(10) Psal. XXXVII, 11.
(11) Psal. XXXIX, 18.

garon por este medio suavísimo á tener muy alta oración. Ofreceos enteramente á Dios, dadle vuestro corazón, tan codiciado de Él (1), y desead estar allí con el amor abrasado de los más encumbrados serafines, y esa voluntad mirará y recibirá el Señor muy complacido (2), y como dice con mucha gracia Santa Teresa, por poco amor que le mostréis, no os lo podréis echar de encima. Y si Dios os hace merced que con uno de estos modos de oración llanos y sencillos, os encendéis en amor divino y en vivos deseos de humillaros y mortificaros por su amor, y en ello os detenéis toda la hora, mejor y más provechosa oración será esa, que si tuvierais muchos discursos y consideraciones muy altas y delicadas; la razón es, porque orando de esta suerte, os ocupáis y detenéis en lo esencial de la oración y en lo que constituye el fin y el fruto de ella, que son los actos y operaciones de las virtudes, en las cuales, dice Santo Tomás, estriba la perfección de la virtud (3). Esto va dirigido principalmente á las que no aciertan á discurrir en la oración.

Á las que pueden emplear en ella su entendimiento, debo añadir una palabra. Hemos indicado que la memoria sirve para recordarnos el asunto de la meditación con todas sus circunstancias, y esto es muy esencial, porque esta potencia es la que ofrece al entendimiento datos para discurrir, así como el entendimiento ofrece á la voluntad razones y motivos para moverla á amar, temer, desear, aborrecer, etc. Y así, tratándose de la Pasión de Cristo, nuestro bien, la memoria debe recordar al entendimiento «quién padece, por quién padece, por qué causa y de qué manera», y de esta suerte le facilita copiosa materia y ábrele dilatado campo para discurrir y ahondar en cada una de estas preguntas, y hacer sobre ellas muy tiernas y sentidas consideraciones para

(1) Prov., XXIII, 26.

(2) Rodríguez, Trat. V, cap. 13.

—Psal. CI, 18.—Isaí., LXXVI, 2.

(3) 1. 2., q. 3, art. 2.

presentarlas luego á la voluntad; porque es de notar, que el entendimiento con sus discursos no recoge más que verdades; mas la voluntad con sus actos negocia virtudes; el entendimiento toma el manjar con la boca y lo tritura; la voluntad lo gusta é incorpora en el alma; aquél descubre el tesoro escondido; ésta lo abraza para gozar de su abundancia; aquél nos instruye; ésta nos santifica, y ambos á la vez nos sostienen y alientan en la práctica de la virtud. Mas conviene tener en cuenta que, si bien el entendimiento nos ayuda á meditar con sus discursos y consideraciones, pero si éstas son muchas ó muy sutiles y elevadas, también pueden impedir la operación ó ejercicio de la voluntad, que es el amor y sentimiento de las cosas divinas. Por lo mismo, debemos contentarnos con una vista y conocimiento sencillo de lo que estamos meditando, atendiendo á las circunstancias que en aquel misterio concurren, para que la voluntad—recogidas y aunadas todas sus fuerzas—pueda ejercitar sus afectos amando y reverenciando á este sumo bien. Y así, cuando con el auxilio de la memoria, nos hemos representado el asunto de la meditación, comience el entendimiento discurriendo muy sosegadamente sobre las verdades propuestas por aquélla, reflexionando sobre el modo como nos hemos portado hasta el presente con relación á las mismas y formando resoluciones prácticas y concretas, ajustadas á las necesidades de nuestra alma. Al efecto, podemos preguntarnos: ¿Qué debo reflexionar sobre el asunto de esta meditación? ¿Qué enseñanza práctica debo sacar? ¿Qué faltas he de corregir? ¿Cómo he obrado hasta el presente? ¿Qué debo hacer en lo sucesivo? ¿Qué impedimentos se oponen á mi enmienda en este punto? ¿Qué medios debo emplear para lograr lo que pretendo? ¿Qué haré en tal ó cual caso que por experiencia sé ya que me puede ocurrir durante el día?... Y esto no debe hacerse ligeramente y como de pasada, sino

con mucha consideración y reposo, insistiendo en examinar la razón, la conveniencia, la utilidad y necesidad que tenemos de practicar la virtud que se ofreciere, hasta que logremos despertar algún afecto ó sentimiento en la voluntad, que éste es su oficio y el principal fruto de la oración.

Voluntad. Ejercítase la voluntad en dos maneras, á saber: por los «afectos» y por las «resoluciones», si bien los primeros tienen cabida en todas las partes de la meditación, pues toda ella debe estar sembrada de afectos. Avivado el fuego del amor divino por las consideraciones del entendimiento, que son como nuevo combustible para que prenda en el corazón un amoroso incendio, entonces es el tiempo de trabar afectuosas pláticas con Dios. Para ello no debemos andar en busca de palabras, sino de sentimientos; hable el corazón, hable el afecto, porque la súplica que nace del corazón ya tocado de Dios, esa es la que oye Él (1) y la que halla buena acogida en su presencia; pues, como escriben San Agustín y Santo Tomás, «cuando Dios mueve á pedirle, es »señal que quiere dar lo que se pide» (2). Estos afectos pueden ser de gratitud, movidos por la consideración del número y grandeza de los beneficios divinos. De humildad profunda, nacidos del conocimiento íntimo de nuestra propia ruindad y vileza. De compunción y dolor de los pecados y faltas que diariamente cometemos, etc. Si tardáremos en sentir éstos ú otros afectos semejantes, no por ello nos inquietemos: bástenos procurarlos con repetidos actos de viva fe. No obstante, á pesar de ser los afectos precioso fruto de la oración, importan mucho menos que los «propósitos ó resoluciones». Éstas deben ser prácticas en sí mismas, es decir, no limitadas á proponernos en general ser pacientes, humildes, caritativos, etc., sino encaminadas á extirpar tal ó

(1) I. Reg., I, 13.—Psal. X, 17.

(2) De verbis Domini.—2. 2, q. 83, art. 15.

cual vicio, ó practicar tal ó cual virtud, porque el fin de la meditación no es solamente dedicar á Dios una hora, sino además limpiar el alma de vicios, adornarla de virtudes y enmendar y perfeccionar la vida, y esto no se logra sino por los propósitos ó resoluciones discretamente hechas. En consecuencia, han de estar en armonía con nuestro carácter, condición y habituales ocupaciones, pero siempre han de ser prácticas y concretas, esto es, aplicadas á la virtud de que tenemos más necesidad; han de recaer sobre acontecimientos probables del mismo día, de tal suerte, que á la hora del examen podamos cotejar las obras de todo el día con los propósitos de la mañana (1). Esto debemos hacerlo con mayor empeño cuando algún defecto nos es habitual, ó cuando alguna especial dificultad nos impide el servicio de Dios. Sobre todo conviene que nuestros propósitos sean muy humildes, esto es, llenos de desconfianza en nuestras propias fuerzas, y el no estar basados éstos en profunda humildad, explica las reiteradas caídas de muchos en la misma pasión ó defecto, no por falta de sinceridad en sus propósitos, sino por falta de humildad.

Término ó fin de la meditación

Últimamente, haciendo un epílogo ó resumen general de los propósitos y resoluciones que hayamos formado, sobre todo el relativo á nuestra pasión dominante, y levantando nuestra alma, como dice David, en la presencia de Dios (2), representémosle nuestras necesidades y deseos, obligándole con peticiones y coloquios amorosos y confiados á que nos oiga y conceda lo que deseamos y pedimos. Ya que tenemos con nosotros á Cristo y abiertos los tesoros de su amabilísimo Corazón, no seamos cortos en pedir, pues Él no

(1) P. Faber. Progr. del alma.

(2) Psal. XXIV, 1.—Psal. LXI, 9.

sabe dar sino mucho. Desea tanto que le pidamos, que llegó á reprender á sus discípulos, diciéndoles: *Hasta ahora nada me habéis pedido; pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido* (1). No lo extrañéis, h. mías, porque amar es dar, y Jesús nos ama infinitamente (2). Digámosle con el ciego de Jericó (3): *Señor, alumbrad los ojos de mi alma* para que os conozca y os ame; para que me conozca y me desprecie, y con vuestra gracia me reforme y enmiende. Ó con el leproso del Evangelio: *Señor, si queréis, podéis limpiarme* (4). Limpiadme de esta soberbia maligna que corroe mis entrañas y emponzoña todas mis obras; libradme de mi propia voluntad y juicio que roban la paz de mi corazón y me inducen á cometer faltas de humildad, de caridad y de obediencia; libradme de esta locuacidad desenfrenada, tan molesta para el prójimo y tan impropia de una religiosa... Pidamos también por todas las Órdenes religiosas, por los Sacerdotes y Obispos, y muy en particular por el Romano Pontífice. Roguemos por nuestros bienhechores, por la conversión de los pecadores y perseverancia de los justos, por los agonizantes, por los enfermos y encarcelados y por las almas del purgatorio. Concluyamos con la petición del amor de Dios. Sobre esto dice Santa Teresa: «La única pretensión del que »medita ha de ser trabajar y disponerse con cuantas diligencias pueda, para hacer conformar su voluntad con la de »Dios; en esto consiste la mayor perfección que se puede »alcanzar en el camino espiritual; quien más perfectamente »lograre esta conformidad, más recibirá del Señor y más »adelante está en este camino» (5). En esta petición ocupemos la mayor parte del tiempo, pidiendo al Señor esta virtud con entrañables afectos y deseos, pues en ella estriba todo

(1) Joann., XVI, 24.

(2) Jerem., XXXI, 3.—Prov. VIII, 17.—Joann., XVII, 24.—Galat., II, 20.

(3) Marc., X, 51.—Luc., XVIII, 41.

(4) Matth., VIII, 2.

(5) Camia. perf., cap. XXXII.

nuestro bien. Para obtenerla, pongamos por medianera á la Virgen Santísima, á los Ángeles custodios y Santos patronos del Instituto, y acabemos rezando un «Padre nuestro». Y tenéis ya explicado el modo, ó uno de los modos de meditar provechosamente.

Advertencias. 1.^a Para concluir, debo hacer alguna advertencia. Si Dios por su misericordia se digna visitarnos en la oración, moviendo nuestro corazón con algún afecto ó haciéndonos alguna otra merced, debemos interrumpir nuestra consideración y detenernos á escuchar su voz, recreándonos amorosamente con Él (1), aunque esto ocurra al principio de la meditación y aunque dure toda la hora, porque precisamente á esto vamos y esto buscamos y pedimos en la oración: «la gracia y el amor de Dios». ¿No interrumpimos nuestras ocupaciones cuando somos visitados por alguna persona que nos merece respeto ó atención? ¿Y habíamos de ser menos atentos con Dios? Lo demás sería desairarle y dejarlo con la palabra en la boca, dice Santa Teresa.

2.^a Aunque es cierto que las lágrimas, cuando Dios las da, son «como agua que riega las flores de las virtudes que »recrean al Señor», no debemos hacer ninguna diligencia ni esfuerzo para traerlas (2), aunque debemos recibirlas con agradecimiento, porque ayudan mucho al alma en este camino. Pero no pensemos que está todo hecho en llorando mucho, sino en la práctica de las virtudes. Hay quien llora mucho en la oración, y luego hace llorar al prójimo con su orgullo é inmortificación. Por eso es mejor que nos pongamos delante del Señor y miremos su misericordia y grandeza y nuestra ruindad y bajeza, y Él nos dé lo que quiera, ternura ó sequedad. Él sabe mejor lo que nos conviene; y

(1) Sapient., VIII, 16.—Psal. XXXVI, 4.—Psal. XCIV, 8.—Hebra., III, 7.

(2) Moradas, VI, cap. 6.

con ello andaremos descansados y seguros, y el demonio no tendrá tanto lugar de engañarnos (1).

3.^a En fin, procuremos conservar durante el día el calor de la devoción andando recogidos y en frecuente trato con Dios, recordando y saboreando lo que más nos hubiere movido en la oración, y esto nos facilitará maravillosamente la práctica de nuestros propósitos, y al mismo tiempo allanará el camino para el cumplimiento de los amorosos designios que Dios tenga sobre nosotros.

Hagámoslo así, herm. mías, por Dios y por nuestra alma. Á pelear sin descanso con este *cuerpo de pecado* (2) y con el *demonio nuestro adversario* (3), porque uno y otro han de emplear todas sus fuerzas para obligarnos á dejar la oración, que es el arma más formidable contra el poder de las tinieblas (4). Con tentaciones ó sin ellas, con sequedades ó dulzuras, enfermos ó sanos, en casa ó fuera de ella, no dejemos nunca la oración mental, y cada día hallaremos más *suave el yugo del Señor* (5), y disminuirán nuestras faltas cotidianas, y aumentará en nuestros corazones el amor de Dios, hasta que logremos unirnos con Él en esta vida por la fe y la caridad (6), y en la otra por la gloria que no ha de tener fin (7).

(1) Moradas, VI, 6.

(2) Rom., VI, 6.

(3) I. Petr., V, 8.—Ephes., VI, 12.

(4) Marc., XIV, 38.

(5) Matth., XI, 30.—I. Joann., V, 3.—II. Corinth., IV, 17.

(6) Osee, II, 20.—I. Joann., IV, 16.—I. Joann., III, 24.—Ephes., III, 17.

(7) Psal. XVI, 15.—Psal. CXI, 3.—II. Petr., III, 18.—Apocal., I, 6.

DEL EXAMEN PARTICULAR
